

Confesiones papales

Michael Sievernich, SJ*

EN el paso a la Edad Media Moderna el «Barco de locos», una sátira moral del humanista de Basilea Sebastian Brant, puso en el punto de mira de su crítica las locuras de entonces y entre ellas la insensatez de querer negar la propia culpa. «Un loco es aquel que se atreve a decir que no está manchado por la culpa. Pero acaba puesto en evidencia de pretender no ser lo que de hecho es». Que esta locura se hallaba extendida también en la Iglesia lo supo por propia experiencia el humanista holandés Adriano, preceptor de Carlos V e Inquisidor en España, cuando en 1522 inesperadamente fue elegido Papa. Poco después, ya como Adriano VI, indicó a su Legado que ante el Consejo de Nürnberg no se limitase a condenar la división de la Iglesia, sino que confesara también las culpas de la Curia. «Conocemos que también en esta Santa Sede desde hace muchos años han sucedido cosas abominables, muchos abusos en cosas espirituales, transgresión de mandamientos y que todo ha ido cambiando a peor». Por ello la reforma debería comenzar por la Curia, de la cual partió la corrupción, aun cuando los abusos no se puedan extirpar de un solo golpe.

Esa confesión del Papa no fue especialmente eficaz, por lo que algunos años más tarde el emperador Carlos V pudo tomar como excusa los pecados de la curia papal y ordenó a sus huestes el saqueo y el pillaje de Roma. Este

* Redactor de *Stimmen der Zeit*. Munich (Alemania).

método de erradicar de forma marcial los pecados y de llevar adelante, cubiertas con el manto de la moral, sus ambiciones de poder no tuvo que inventarlo el emperador sino tan sólo aplicarlo. El método ya había sido empleado antes por papas y príncipes. Ya se tratase de enemistad contra los judíos o conquista del nuevo mundo, de tortura en los procesos de brujas o juicios de la Inquisición, el pecado debía ser combatido siempre con violencia y la fe y la moral impuestas por la fuerza. No raramente esto se hacía —una herencia agustiniana— invocando la parábola del banquete en el evangelio de Lucas y la «necesidad» de que la gente de la calle «entrara» en el banquete (Lc 14, 23).

Las voces proféticas en la Iglesia criticaron una y otra vez esa vinculación, nada santa por cierto, de religión y violencia y recordaron el evangelio de la tolerancia. Figuras en su tiempo indiscutidas como Bartolomé de las Casas y Friedrich Spee se refirieron en sus denuncias a la parábola bíblica del trigo y la cizaña, en la cual no hay que arrancar la cizaña porque entonces se corre el peligro de arrancar también el trigo. «Dejad que crezcan hasta la siega» (Mt 13, 30).

Las «relaciones» de pecados de la Iglesia, los muchos intentos de erradicar el pecado por medio de la violencia e imponer la fe a presión ponen al descubierto el hecho de que este evangelio de la tolerancia y sus defensores proféticos no fueron escuchados. Hans Urs von Balthasar lo ha resumido de forma patente: *«Bautismos a la fuerza, juicios de brujas y autos de fe, noches de S. Bartolomé, conquistas a sangre y fuego de continentes descubiertos para llevar allí, con ocasión de una explotación brutal, la religión de la cruz y del amor, inoportunas y absurdas intromisiones en los problemas de las ciencias de la naturaleza, avisos y prohibiciones de una autoridad espiritual, que actúa políticamente y aspira a ser reconocida: todas estas calamidades no tienen fin. No es nada agradable tener que asumir esta herencia cuyos fallos llamativos se perciben con claridad».*

Asumir la herencia del pasado

LA continuidad histórica de la Iglesia católica y su principio de tradición nos impiden volatilizar esta herencia o silenciarla. Por ello el Papa Juan Pablo II, como su predecesor no italiano en la cátedra de Pedro, hace muy bien al empujar a la Iglesia y a todos sus miembros, en el paso al nuevo milenio, a un serio examen de conciencia. Cuando el Papa, en la cuaresma del año 2000 y en el marco de una celebración penitencial, recite una confesión de culpas y una petición de per-

dón, podría coronarse entonces la cumbre de una serie de confesiones de los últimos años en las que el Papa ha pedido perdón por los errores, las cerrazones culpables, las infidelidades y regresiones cometidos por los miembros de la Iglesia. Las confesiones papales han expresado sobre todo los capítulos oscuros de las divisiones de la Iglesia, las cruzadas y guerras de religión, el antijudaísmo, la trata de esclavos, la Inquisición y el caso Galileo.

En una «purificación de la memoria» se tratará, por una parte, de cuidadosas investigaciones históricas en las que, como en el caso de la Inquisición romana, emergen algunos aspectos positivos: por carencia de formalidad jurídica, impidió en Alemania la persecución de brujas. Por otra parte, se trata de una valoración moral, que califica hoy como error, injusticia y delito determinadas actuaciones históricas, sin que esto pueda llevar a un juicio final que sólo a Dios corresponde. Porque, por citar de nuevo a Brant, «loco es aquel que se empeña en transportar lo que es demasiado pesado como para que pueda levantarlo».

En la carta apostólica «Tertio millennio adveniente» con la que en 1994 se anunciaba el jubileo del año 2000, el Papa cita como capítulo especialmente doloroso «los métodos de intolerancia o incluso de violencia de la verdad». Frente a ellos y de cara al futuro aduce el principio de oro del Concilio según el cual «la verdad no presenta otra pretensión que la fuerza de la propia verdad». Este principio exige unos métodos completamente nuevos, que el Vaticano II describió como «diálogo» y que en la Iglesia de hoy pueden valer como la forma de comunicarse y buscar la verdad. Si el diálogo, que también incluye un ejercicio dialogal de la autoridad, llega a tener un lugar asegurado en todos los ámbitos de la vida de la Iglesia, entonces la Iglesia de Dios aparece como la «columna y el fundamento de la verdad» (1 Tm 3, 15).